

espada. La religión, la humanidad, el honor y los talentos de vuestra señoría sean los consultores de cuanto he dicho; dignándose contestarme antes de todo procedimiento, para contestar yo a la nación de los míos. Dios guarde a vuestra señoría muchos años. Cuartel general de Ayaviri, febrero 28 de 1815.— *Vicente Angulo. — Señor mariscal de campo, y general en jefe, Don Juan Ramírez.*

Núm. 5.

*Otro de Pumacahua. [Campo de Colaparque, 6 de marzo de 1815].*

En el momento de haber tenido la noticia de que usted se dirigía a estos lugares, continuando en el capricho, que considero imposible por todas circunstancias, de que se pueda descomponer el nuevo sistema de gobierno que mediante las disposiciones divinas, han tomado mis amados compatriotas los americanos, salvo que algunos desnaturalizados, no hayan abrazado este feliz partido, quienes en parte han tocado su última ruina, y aun tocarán otros que ciegos y engañados; siguen los errados pasos de usted, a menos que manifiesten según estoy cierto, que los más sólo se mantienen a su lado por la fuerza: tuve por conveniente el conducirme a este punto con mi ejército invencible, sin más objeto en mancomún que el de vencer o morir que es lo natural, y son las palabras de las que no desistiré de ninguna manera, a fe de Pumacahua.

Llegado que fui a este dicho punto, he pasado de vista una proclama seductiva de usted, que por circular había despachado a estos lugares; asimismo he visto una carta contestación al señor mariscal de campo de los ejércitos nacionales don Vicente Angulo. En el primer papel, en sustancia ofrece perdonar usted a todos, pero que le tremulan las manos por Pumacahua, Angulos, Béjar y Pinelo, según me acuerdo: ¡qué disparate!

En el segundo que rindiendo las armas defensoras de la patria al frente del río a la tropa del Rey, serían por consiguiente perdonados, después de recibir el abrazo de paz: ¡bravo absurdo!

Sepa y advierta usted que aquellos individuos le han de hacer tremular, no sólo las manos y sí todo el cuerpo, al tomarle cuenta de tantas extorsiones que ha cometido usted, así con personas seculares, como con los señores eclesiásticos; de la sangre que se ha derramado por cuenta suya, y de la que aún se derramará. Por ventura ¿cuál es el rey a quien usted sirve, y cuyas tropas son las que manda? Notorio es que nuestro adorado señor *Don Fernando VII* no existe en el día, y que fue vendido a la nación francesa por los indignos europeos, y que por último se ignora absolutamente de su paradero. Persona de aquel retoño no ha vuelto a optar la corona de España; y ojalá que estuviese en posesión aquel santo joven u otro legítimo sucesor, en cuya cierta evidencia, ingrato y desconocido sería en levantar la espada en defensa de la causa del día, sino que entregaría en el momento su gobierno como fiel vasallo de esta América.

No hay más rey en el día que el capricho del europeo, de querer dominar con el disfraz de que ya está posesionado de su trono nuestro señor natural, mandar con esta capa como a esclavo, mantener en duras cadenas al infeliz humilde americano, exprimirle la sangre que le circula en sus venas, y por último arrancarle el corazón, así como usted va entregando a innumerables inocentes al



rigor de las balas con sus aparentes malignos engaños. ¡Ah! ¡y qué cuentas daremos al Dios de los ejércitos de aquestos desastres!

Dígame quién es usted, un pobre pasajero, cuya nación se ignora, que abrigado por el caritativo y buen corazón del americano, ha levantado tanto el vuelo, que en el día se ha puesto de dueño y pastor de tanto inocente cordero, expuesto su manada, si no reclama con tiempo por el perdón general que le prometo bajo mi palabra de honor a caer en las garras de Pumacahua, que es un león de la lengua castellana.

Soy indiano, de un corazón magnánimo, en mí reina la humanidad, y así tiempo hay para compadecerme de usted, como buen cristiano, soy defensor de la fe, amo al rey y su real familia, siempre que ésta exista; y así le protesto perdonarlo de sus yerros, y mantenerlo con el desahogo que apetezca en circunstancias de ser usted un forastero pasajero, digno de la mayor lástima, esto es en rindiendo las armas junto con esos miserables individuos que con los ojos vendados, caminan ciegos en pos de la vida prometida por usted a encontrarse con la muerte.

Si yo tocase de este último extremo con parte de mi aguerrido ejército patriótico, tenga por cierto que aún hay quien devengue nuestra sangre en la posteridad; porque no sólo han entrado en la defensa de la justa causa de la patria los de mayor edad, y sí las criaturas de pecho, pues al rayarles la luz de la razón prorrumpen la expresión de viva la patria.

Quisiera decirle algo más: pero no dudo le falte a usted, mediante Dios, discernimiento para penetrar cuanto pudiera significarle, con el fin de que no corriese sangre, mas si no se hiciese la más leve brecha en su duro corazón mis piadosas razones. Dígame con verdad el día y hora en que nos debemos ver, y señale el campo en que defina la cuestión, pues a ello soy venido.— Dios guarde a usted muchos años. Campo de Colaparque y marzo 6 de 1815.— *Mateo García Pumacahua.*

A este insolente papel se contestó en el mismo reverso de la cubierta o sobre, lo que sigue.

*Núm. 6.*

*Contestación del general Ramírez.*

[Cuartel general de Pucará, 7 de marzo de 1815].

Son ustedes muy viles e indecentes para que un general del rey pierda el tiempo en contestaciones indebidas e indecorosas. Mis bayonetas humillarán la altivez que a ustedes anima. Cuartel General de Pucará, 7 de marzo de 1815.— Una rúbrica.— A Mateo Pumacahua.

*Núm. 7.*

*Carta de Belgrano.*

[Cuartel general en Bartolo, 30 de octubre de 1814].

Amado compatriota. La fuerza unida al terrible fermento de opiniones separó sensiblemente esas provincias del partido del Río de la Plata; pero nada puede